

Tábara (Zamora): foco de emigración

Mateo del Amo Alonso

–Tercer premio I–

INTRODUCCIÓN

Como en casi todas las familias humildes de Zamora, la emigración hacía otras regiones o países, ha sido una constante, y en la mía también. Mis antepasados, también han tenido que emigrar a otros países, en busca de un futuro más próspero para sus familias y para sí mismos.

Sabido es que nuestra provincia ha sido fundamentalmente exportadora de mano de obra a otros lugares, dadas nuestras circunstancias geográficas, demográficas, culturales... Una provincia, que a lo largo del siglo XX, se ha caracterizado, fundamentalmente, por una economía agraria en la que la mayoría de las familias o eran pequeños propietarios o trabajadores y jornaleros.

Las duras circunstancias económicas y la dificultad de encontrar sustento y un futuro mejor en nuestra provincia, a lo largo del siglo XX, es lo que ha propiciado el flujo de personas hacia otros lugares.

Mis orígenes, por parte de madre, proceden de una villa maravillosa en el corazón de la provincia, la villa de Tábara. A lo largo de este trabajo, trataré de ilustrar, todas las anécdotas que mis antepasados me han contado a lo largo de mi corta vida. Las historias, de las que trataré en esta exposición, son todas de mis familiares en línea ascendente, desde mis bisabuelos hasta mi madre que han tenido que emigrar a distintos países y regiones. Todos ellos salieron un día de Tábara en busca de un futuro mejor. Las historias que me contaban cuando yo era niño me fascinaban, las sentía mías, era historia de mi familia. Esas historias, eran testigos de las condiciones que tuvieron que pasar mis familiares, en ocasiones, eran condiciones difíciles.

Empezaré relatando las historias que me contaba mi abuelo, cuando yo era un “rapacín”, respecto a su vida en Nueva York. Continuaré con la historia de mi tío abuelo en Argentina. Seguiré con el periplo de mi bisabuelo por

parte de abuela en Argentina y Francia. Y por último contaré las peripecias en Europa, primero de mi tía en Francia, y después de mi madre y de mi abuela en Alemania.

Haré uso de documentos, fotografías, cartas... que he ido encontrando en baúles y arcas polvorientos, con olor a alcanfor, para dar forma al relato. Pero no dispongo de tantos como yo quisiera, pues que la mayor parte del trabajo, saldrá de mi memoria y sobre todo, de la de mis mayores.

Sin más preludios, paso a la narración lo más objetiva e ilustrada que mi memoria me lo permita.

EMIGRACIÓN DE LA FAMILIA ALONSO CODÓN A EEUU A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

Cuando yo era un niño, como todo niño, no había momento más fascinante, que cuando mi abuelo me contaba historias de la guerra o cuando mi abuelo me contaba la historia de su familia. Por desgracia, Don José, mi abuelo, falleció hace ya unos años, y la única fuente de donde sacar información, es de mi memoria, de los recuerdos de esas historias con sabor a infancia. Mis bisabuelos eran Lorenza Codón Malda, y José Alonso. Mi bisabuela nació en un pueblo de la provincia de Huesca, en el último tercio del siglo XIX. Quienes la conocieron, señalan que pese a ser de origen humilde, era una señora muy culta, fina, y de mundo, dado que había viajado mucho. De joven estuvo en Florencia, en Italia, trabajando para una familia de sirvienta. Posteriormente vino para España y por avatares de la vida se instaló en Tábara. Más tarde fue a trabajar de sirvienta a casa de una familia muy rica e influyente de la España de principios del siglo XX, y fue testigo de acontecimientos tan importantes de la historia de nuestro país, como del atentado sufrido por el rey Alfonso XIII¹. Contaba mi abuelo, que su madre contaba mucho, que a la señora le gustaban mucho las gallinas de Tábara, y a veces, mi bisabuela le llevaba, por encargo de la señora, a casa, una gallina desde Tábara. Imaginemos la estampa de esa joven mujer, por aquel entonces, cruzando Madrid, para llevarle la preciada gallina a la señora.

La bisabuela Lorenza estuvo trabajando en Italia, fe de ello da la inscripción de esta foto de finales del siglo XIX; el lugar en el que estuvo es Firenze, que traducido al español es Florencia.

¹ Posiblemente aluda al atentado perpetrado por Mateo Morral en el nº 88 de la calle Mayor de Madrid el día 31 de mayo de 1906, día de la boda de Alfonso XIII con Victoria Eugenia de Battenberg. (N.E.)



La bisabuela Lorenza también trabajó en Italia.

Lorenza, mi bisabuela, se casó en Tábara con mi bisabuelo José. Allí tuvieron a todos los hijos, menos a mi abuelo. La mayor parte de ellos, se murieron a principios del siglo XX por enfermedades, dado las condiciones tan duras en un pueblo con pocas posibilidades económicas. Fueron esos los motivos, básicamente, por lo que decidieron ir a “hacer las Américas”. En principio, la idea era que mi bisabuelo fuese una temporada a EEUU para reunir dinero y enviárselo a la familia. Mi bisabuela tras varios meses sin recibir correspondencia de mi bisabuelo, decidió un buen día coger a sus dos hijos y emprender un tortuoso viaje hacia el lugar donde estaba su marido, ya que ella era una mujer valiente y decidida, gracias a las indicaciones que les había facilitado un vecino de Tábara que conocía el lugar exacto donde estaba mi bisabuelo José, trabajando. Para ello mi bisabuela parte del puerto de Vigo, al parecer como polizón junto a los dos niños. La llegada a EEUU no fue menos espectacular. Un buen día, trabajando José en la fábrica, le informan de que una mujer con dos niños le está esperando en el exterior. Mi bisabuelo pensó que todo era una broma, pues el allí no conocía a nadie. Cual fue su sorpresa cuando sale y se

encuentra a su mujer, Lorenza con sus dos hijos. Por lo visto José se llevó una grata sorpresa que le produjo a la vez un gran impacto. Partieron del puerto de Vigo en 1920. El mismo año llegaron a Nueva York, en los Estados Unidos.

Se instalaron en el pueblo industrial y portuario de Port Henry, en Nueva York. Fue en ese lugar donde José y Lorenza tuvieron a su último hijo en 1921. Mi abuelo, José Alonso Codón, que nació en Port Henry el 3 de mayo de 1921, tal como indica su DNI. Se puede considerar que mi abuelo Pepe es estadounidense, pero a todos los efectos era español, dado que sus padres eran españoles y la mayor parte de su vida la pasó en Tábara.



Familia Alonso Codón, mi abuelo es el pequeño.

Allí, mi bisabuelo José trabajaba en una fundición, él era el jefe o encargado de su cuadrilla de trabajadores, pero él era un trabajador más en la siderurgia, igual que un obrero más, no formaba parte del personal administrativo ni directivo. Él trabajaba a pie de horno. La siderurgia para la que trabajaba se dedicaba a la fundición de hierro y construcción de raíles y vías, para la infraestructura ferroviaria que se estaba construyendo en la década de los veinte en los EEUU.

Recuerdo que mi abuelo, me contaba historias y anécdotas interesantísimas de la estancia de su familia y de él por allí. Recuerdo que siempre me contaba que los hornos de la fundición solo se apagaban el día de Navidad, el resto del año estaban funcionando a pleno rendimiento. Contaba que un día, su padre, llegó a casa, muy triste y constreñido, pues ese día un obrero cayó al horno de la fundición, y nada pudieron hacer por él, nunca más se recuperó el cuerpo. Eso creó mucha preocupación y desánimo entre los trabajadores de la fábrica, entre ellos mi bisabuelo José, con un plus de preocupación, dado que él era el encargado.

Las condiciones laborales no eran como las de hoy en día, pero para aquel entonces, y sobre todo en comparación con las condiciones laborales de España, aquellas a las que estaba sometido mi bisabuelo eran buenas, pero eso no significa que la situación laboral allí y en aquella fábrica fuesen óptimas, sino todo lo contrario. Los trabajadores seguían estando sometidos a condiciones de trabajo durísimas y penosas, y consecuencia de ellas fue este trágico accidente que tanto conmocionó a mi bisabuelo José.

Mi abuelo contaba de la vida cotidiana de entonces allí, muchas más cosas. Decía que mi bisabuelo solía trabajar de turno de mañana, para lo que se llevaba un “lunch” para comer a media mañana, recordaba la sandwichera al estilo americano que solía llevar para el almuerzo.

La vida allí, para ellos, era muchísimo mejor que la que podrían llevar aquí en España por aquella época. Era una vida acomodada, parecida a la de la clase media trabajadora de hoy día en España. Contaba que vivían en unas casas pequeñas de planta baja llamadas “chantines”. Dichas viviendas contaban con muchas comodidades de la época: luz eléctrica, algunos electrodomésticos. Eran casas amplias con sus respectivos jardines delanteros y sus patios traseros. Estaba situada en una especie de urbanización. Por lo visto, las “chantines” de esa urbanización, se las proporcionaba la fábrica a los trabajadores, y eran propiedad de la misma.

Toda la familia hablaba muy bien el inglés. Aún mi abuelo siendo muy anciano ya, recordaba palabras y balbuceaba un poco el idioma. Recordaba mi abuelo, que la educación allí estaba muy avanzaba. Recordaba su estancia en la escuela de Port Henry, a la que acudió siendo un niño. Decía que la educación era gratuita, al menos para ellos. Que la educación era de calidad, aprendían muchas cosas, entre ellas la lengua inglesa, que obviamente allí se hablaba. Contaba que la educación era especialmente rigurosa, en cuanto a faltas de asistencia comprende. Por lo visto, el hermano mayor de mi abuelo Pepe, Inocencio, tenía la mala costumbre de hacer pellas, de faltar a clase para ir a pescar en la ría. Decía que en invierno se llevaba un serrucho y la caña hecha caseramente; serraba un círculo en el hielo, y se ponía a pescar durante las mañanas, siendo un chaval. Traía gran variedad de pescado a casa, se le daba bastante bien. Hasta que un día, un médico y un policía llegaron a su casa, en busca del chaval, dado que no estaba asistiendo a la escuela. Contaba mi abuelo, que en cuanto un niño faltaba dos días a clase, el centro mandaba automáticamente a un policía y a un médico al domicilio familiar para analizar la causa de su ausencia a clase, y en caso de ser por algo grave darle atención médica o de cualquier otro tipo. Entonces, al llegar el médico y el policía a casa de mi abuelo, les atendió su madre, es decir mi bisabuela. Los policías le preguntaron donde se encontraba el chaval. La madre les indicó que estaba en la ría y hasta allí se dirigieron. Encontraron a Inocencio pescando, y por lo cual le cayó una gran reprimenda por parte de las autoridades, a partir de aquel día no volvió a faltar a la escuela.

Mi abuelo guardaba recuerdos de la escuela. Decía que en esa escuela estudiaban niños de casi todas las procedencias, pero sobre todo irlandeses, italianos y algún niño español. Recordaba los juegos con los niños durante el recreo, y de que al haber tanta diversidad de orígenes, había mucha comple-

alidad entre los menores. Recordaba, en un inglés perfecto, los insultos que se proferían unos a otros.

Nos contaba con humor que una vez se hospedó en su casa un hombre amigo de la familia, que se fue allí también a trabajar. Y al poco de llegar, fue él solo, un día, a comprar manteca a una tienda de alimentación, y como no sabía hablar inglés, pues para entenderse con el tendero, se puso a escenificar la escena de la matanza del cerdo, con sonidos obvios, para que el tendero comprendiese qué es lo que quería adquirir en ese establecimiento, provocando así la risa del tendero y posteriormente de la familia de mi abuelo al contarlo.

Cuando mi abuelo tenía 7 años, decidió venir para Tábara mi bisabuela con los tres hijos y su marido, mi bisabuelo. Según la tradición oral de mi familia, se cuenta que por circunstancias desconocidas llegaron tarde para embarcar en el vapor, este partió sin ellos. Desde el puerto enviaron un telegrama al barco, y este tuvo la necesidad de pararse en alta mar para esperar a la familia que fue trasladada al barco en otro barco más pequeño. Los pasajeros del buque se impacientaron al conocer la noticia, lo primero que pensaron es que una gran autoridad, alguien noble, algún personaje ilustre había perdido el barco, estaban impacientes. Esta impaciencia entusiasta se desvaneció al comprobar que a quienes esperaban era a mis bisabuelos y a sus hijos, entre ellos mi abuelo.

Al llegar a Tábara, con lo que habían ahorrado en Estados Unidos, mi bisabuelo construyó una casa en la plaza de Tábara, donde abriría una barbería para dedicarse a tal menester al igual que más tarde mi abuelo.

El resto de la vida, mi abuelo lo pasó aquí en Tábara, y su hermano, Inocencio, al poco, marchó a Argentina. Mi abuelo no tenía obligación de ir a la guerra, porque él era nacido en el extranjero. Pero, pese a eso, la familia decidió que se alistara en 1937 en el bando de los sublevados para evitar represalias en el pueblo, puesto que Tábara se encontraba dentro de la zona Nacional, y tal situación, de no ir a la guerra, podría dar lugar a que las autoridades del lugar, pensasen que esa familia en la que nadie iba a la guerra, fuesen desertores, con la consecuencias nefastas que podría conllevar eso. Mi abuelo también me contaba entre la nostalgia y la desolación recuerdos del conflicto fratricida que dividió a España, pero eso posiblemente sea objeto de otras reflexiones escritas.

EMIGRACIÓN DE INOCENCIO ALONSO CODÓN A ARGENTINA

Como ya he dicho anteriormente, al poco de llegar la familia e instalarse en Tábara, el hermano mayor de mi abuelo decidió emigrar a Argentina cuando tenía tan solo 18 años. Allí siguió con la profesión que había aprendido aquí en Tábara junto a su padre, la de barbero. Así que sin pensárselo mucho, cogió el petate y marchó a hacer las Américas.



Barbería de mi tío Inocencio en Argentina a principios de los años 40.

Allí se desposó con una mujer con la cual tuvo dos hijos. Esa mujer era prima o pariente suyo por parte de madre, que por circunstancias de la vida había ido a parar también a Argentina. Pasados los años la esposa murió joven e Inocencio enviudó. Más tarde se casaría con otra mujer, Betty, de raíces argentinas. Fruto de ese matrimonio nació su último vástago, Roberto.

Tras esta puesta en escena, lo que más voy a tratar en esta historia, es la relación de Inocencio con su hermano pequeño, José, es decir, mi abuelo. Para esta narración aportaré fundamentalmente las misivas que enviaba Inocencio a su hermano, y también las fotografías de las que dispongo.



Inocencio con su primera mujer casados en Buenos Aires.

Empezaré mostrando y comentando una de las cartas más antiguas que conservo de la familia de Argentina. Data la misiva del 5 de enero de 1949:

“Coronel Pringles 5-1-49

Sr José Alonso Codón

Mi querido y estimado hermano: deseo que cuando estas líneas lleguen a tu poder te encuentres bien de salud, en compañía de toda nuestra familia, nosotros bien por el momento. En estos momentos recibo tu carta con la infausta noticia de que no te dejaron embarcar, aunque ya había sido sorprendido por otra carta que recibí de Vigo de un señor llamado Bernardino García, con los certificados médicos y el libre desembarco tuyo.

Bueno Pepe, yo lo único que te digo es que lo principal es el no perder el importe del pasaje, después lo demás hay que tener un poco de paciencia, porque el hombre propone y Dios dispone, lo que puedes estar es tranquilo que mientras tu hermano esté, haré todo cuanto humanamente esté a mi alcance, que lo considero un deber y una obligación de mirar uno por su propia sangre, así que tarde o temprano, si Dios quiere, vendrás a la Argentina, y dile a mi querida madre que no se desespere ni llore, que con eso nada se consigue, lo único enfermarse de un disgusto con consecuencia funesta, hay que tener un poco de resignación y fe, y confianza en Dios, porque todo se arreglará.

Y que también ella ha de venir, que no pierdo la esperanza de verla a mi lado, y ese va a ser el día más grande de mi vida.

Desde ya me pongo a trabajar de nuevo, o sea, a tramitar tu libre desembarco de acuerdo a tus instrucciones.

El buque en que viene Benito llega a Buenos Aires el día 25 del corriente mes, lo vi en un diario que se llama la prensa y ahí te mando el recorte, también he visto que reina un intenso frío y nieva mucho por Zamora.

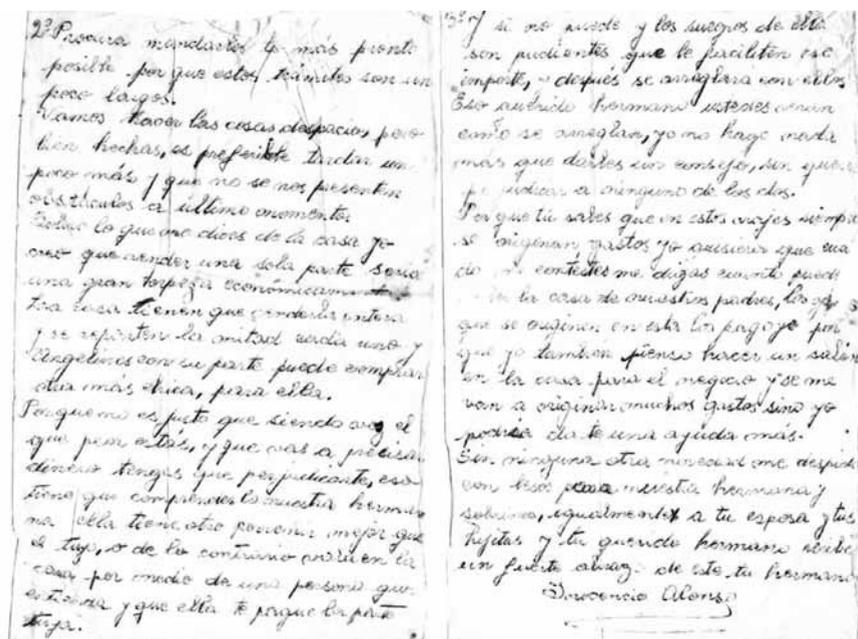
Sin más, muchos besos y abrazos a nuestros padres y hermana y a todos los sobrinos y saludos a tu señora, y tu querido hermano recibe un fuerte abrazo de este tu hermano:

Inocencio Alonso”

Lo que hablan en esta carta, es el tema referido a la partida de mi abuelo a Argentina, para trabajar allí, ya que en plena posguerra la situación económica estaba muy mal para las familias humildes, y por ello mi abuelo se vio obligado a tomar la decisión de ir con su hermano para Argentina, para poder seguir manteniendo a su familia desde allí. Mi abuelo, Pepe, partió para Vigo con el fin de embarcar en un buque, tal y como dice la carta, pero por lo visto al llegar allí no lo dejaron embarcar por no tener todos los papeles en condiciones y por problemas sanitarios, ya que mi abuelo estaba desarrollando una tuberculosis que más tarde se le agravaría. También se habla en esta carta de una tercera persona, Benito, que era el cuñado de mi abuelo, es decir el marido de

la hermana, el cual también partió para la Argentina, con Inocencio, en busca de un futuro mejor.

Al poco de esta carta, mi abuelo ingresó en el sanatorio de tuberculosos de Salamanca, de los Montalvos, allí la enfermedad se agravó, y la única manera de encontrarle cura era mediante el uso de un bien escaso por aquel entonces en la España de la posguerra, la penicilina. Para ello, la única manera de conseguirla era importándola de fuera. Uno de los pocos países con que España tenía relaciones era con Argentina, por ello, mi abuelo tuvo que recurrir a la ayuda de su hermano Inocencio, que desde allí, desde Argentina, le mandaría ese bien tan preciado, dado que aquí eran imposibles de conseguir y en caso de conseguirlo solo podía pagarlo la gente pudiente de la época. Por aquel entonces la corrupción y el pillaje vagaba a sus anchas, por ello tan sólo le llegaba la mitad de la penicilina enviada por su hermano. Gracias a la ayuda fraternal de Inocencio, mi abuelo pudo curar con mucho sufrimiento la enfermedad padecida a causa de la humedad de las trincheras, gracias a esa ayuda proveniente de la Argentina, fue una de las dos personas que por aquel entonces logró salir de aquella antesala de la fatalidad.



Carta sobre el envío de penicilina.

De esta carta tan sólo conservo un fragmento, es curioso sobre todo el tipo de papel. Es papel cebolla, y lo enviaban para que no pesase más de la cuenta la carta y saliese más caro enviarla. Reproduzco un fragmento:

“...Procura mandar lo más pronto posible, porque estos trámites son un poco largos.

Vamos a hacer las cosas despacio, pero bien hechas, es preferible tardar un poco más y que no se nos presenten obstáculos a último momento.

Sobre lo que me dices de la casa, yo creo que vender una sola parte sería una gran torpeza económicamente.

La casa tienen que venderla entera y se reparten la mitad cada uno y Angelines con su parte puede comprar otra más chica para ella.

Porque no es justo que siendo vos el que peor estás, y que vas a precisar dinero tengas que perjudicarte, eso tiene que comprenderlo nuestra hermana, ella tiene un porvenir mejor que el tuyo, o de lo contrario valúen la casa por medio de una persona que entienda y que ella te pague la parte tuya.

Y si no puede y los suegros de ella son pudientes, que le faciliten ese importe, y después se arreglará con ellos. Eso querido hermano, ustedes verán como se arreglan, yo no hago nada más que darles un consejo, sin querer perjudicar a ninguno de los dos.

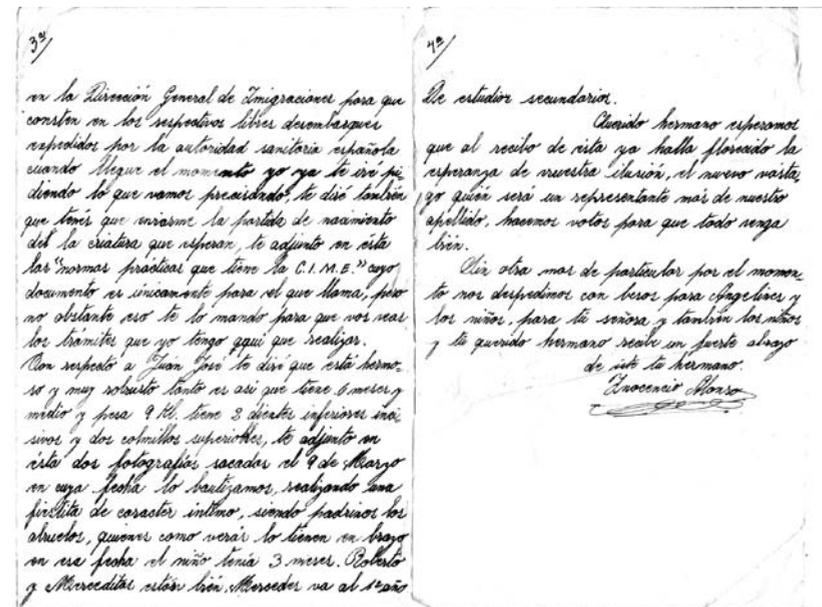
Porque tú sabes que en estos viajes siempre se originan gastos yo quisiera que cuando me contestes me digas cuanto puede valer la casa de nuestros padres, los gastos que se originen en esta los pago yo porque yo también pienso hacer un salón en la casa para el negocio y se me van a originar muchos gastos sino yo podría darte una ayuda más.

Sin ninguna otra novedad me despido con besos para nuestra hermana y sobrinos, igualmente a tu esposa y tus hijitas y tú querido hermano recibe un fuerte abrazo de este tu hermano:

Inocencio Alonso”

Este fragmento de carta carece de mucha importancia, es más bien de carácter testimonial. El primer párrafo del fragmento aún no he logrado identificarlo con algún hecho concreto, habla de trámites... pero no sé con exactitud a qué trámites se podrá referir exactamente.

La segunda parte de la misiva corresponde a la partición de la herencia que tan sólo constaba de una casa en la plaza de Tábara. En esas líneas se demuestra la generosidad de Inocencio a favor de su hermano, el más desventajado, dado que mi abuelo por aquel entonces estaba casi recién salido del sanatorio. Por lo que sé, al poco de salir del sanatorio falleció su madre, y a causa de eso se repartió la herencia entre hermanos.



Carta de Inocencio Alonso, año 1957.

“... en la Dirección General de Inmigración para que consten en los respectivos libres desembarques expedidos por la autoridad sanitaria española cuando llegue el momento yo ya te iré pidiendo lo que vamos precisando, te diré también que tenés que enviarme la partida de nacimiento de la criatura que esperan, te adjunto en ésta las normas prácticas que tiene la C.I.M.E. cuyo documento es únicamente para el que llama, pero no obstante eso te lo mando para que vos veas los trámites que yo tengo aquí que realizar.

Con respecto a Juan José te diré que está hermoso y muy robusto, tanto es así que tiene 6 meses y medio y pesa 9 kilos, tiene 2 dientes inferiores incisivos y dos colmillos superiores, te adjunto en ésta dos fotografías sacadas el 9 de Marzo en cuya fecha lo bautizamos, realizando una fiestita de carácter íntimo, siendo padrinos los abuelos, quienes como verás lo tienen en brazos, en esa fecha el niño tenía 3 meses. Roberto y Merceditas están bien, Mercedes va al primer año de estudios secundarios.

Querido hermano, esperamos que al recibo de ésta ya haya florecido la esperanza de vuestra ilusión, el nuevo vástago quién será un representante más de nuestro apellido, hacemos votos para que todo venga bien.

Sin otra más de particular por el momento nos despedimos con besos para Angelines y los niños, para tu señora y también los niños, y tú querido hermano recibe un fuerte abrazo de éste tu hermano:

Inocencio Alonso”.

Esta carta está fechada en junio de 1957, pese a no disponer de las dos páginas iniciales, el niño del que habla Inocencio en esa carta, su hijo, nació en enero de 1957, y aquí dicen que tiene seis meses por lo que entiendo que es de últimos de junio de 1957.



Fotografía adjunta a la carta sobre el bautizo del hijo de Inocencio.

En el primer párrafo de la misiva, mi tío habla acerca de unos trámites burocráticos en la Dirección General de Inmigración. Por lo visto, mi abuelo Pepe tenía pensado intentar otra vez ir a Argentina, pero esta vez se echó voluntariamente atrás, dado que tenía ya tres hijas de edades distintas. El resto de este fragmento de carta que conservo, está dedicado a la descripción del nuevo hijo de mi tío Inocencio, y a dedicarle palabras llenas amor fraternal a mi abuelo Pepe.

La siguiente carta es la enviada en 1964 por Mercedes, que es hija de Inocencio, y por su padre, dirigida a mi abuelo y a su familia. El contenido de esta carta es de ámbito familiar, al fin y al cabo solo cuentan cosas referentes a la familia, pero lo que más interesa de esta carta, es cómo en 1964, décadas después de la marcha de mi tío a Argentina, es escrita esta carta con la misma calidez y afecto como si conviviesen en la misma casa ambas familias, dado que por ejemplo Mercedes tiene palabras muy sentidas para sus primos sin haberlos conocido, e Inocencio, lejos de mostrar que la distancia es el olvido, él sigue preocupado por su familia, décadas después. El valor moral y sentimental de estas cartas es infinito dado las palabras de nostalgia, cariño... que dedica esta familia a sus parientes.

Tío Inocencio siguió viviendo en Argentina y murió allí, pero su último sueño era regresar a España y reencontrarse con lo único que quedaba de su familia, su hermano pequeño *Pepín*, es decir mi abuelo José. Para ello mi abuelo les pagó el pasaje en avión a él y a su mujer. Se los pagó porque la situación económica cambió totalmente. A diferencia de la situación de finales de los cuarenta, ahora España era el país rico frente a una Argentina cada vez más pobre y decrepita. Después de haber salvado la vida de su hermano enviando penicilina para salvar de una muerte segura a mi abuelo, era justo tener un “detalle” y hacer que se cumpliese una de sus últimas voluntades. En las navidades de 1980, Inocencio y su mujer llegaron al aeropuerto de Barajas, no fue necesario mediar palabra, en cuanto las miradas de Inocencio y de su hermano se cruzaron a lo lejos, pese a no haberse visto desde



Carta enviada desde Argentina por Mercedes, hija de Inocencio, en 1964.



Reencuentro de los hermanos Inocencio y José en 1980.

que Pepe era un niño, corrieron ambos el uno hacia el otro y se fusionaron en un gran y emotivo abrazo cubierto por una emoción inexplicable. Tal vez sea indescriptible, según contaban, describir lo que sintieron ambos en aquel momento.

Tras una estancia en Zamora de dos meses, en la que visitó su pueblo natal y a sus amigos de la juventud, y a su familia. Tuvo que partir otra vez hacia la Argentina, allí tenía a sus hijos. La despedida fue también emotiva, pero esta vez demasiado dolorosa.

Al poco tiempo de regresar a Argentina, Inocencio fallecía, pero habiendo cumplido su último sueño, regresar a la tierra que le vio nacer, y ver al único hermano que conservaba. Pepe murió años después, no



Junto a estas líneas, los dos hermanos aparecen reencontrados: el caballero con gafas es mi abuelo, el que no las tiene es su hermano Inocencio.

pudo ir a Argentina como él deseaba para conocer a sus sobrinos, por que su estado de salud no le permitiría soportar un viaje de tal magnitud.

EMIGRACIÓN DE LA FAMILIA ANTÓN VARA A ARGENTINA Y A FRANCIA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

En los apartados anteriores, hemos venido hablando de la emigración en la familia de mi abuelo materno. Pues bien, los dos siguientes apartados trataré de exponer en pocas líneas la historia emigración de la familia de mi abuela materna, digna también de mención en esta exposición.

La familia Antón Vara también era natural de la villa de Tábara. A principios de siglo, en 1910, estaba formada por el cabeza de familia, Domingo Antón Taboada, su esposa Isabel Vara Arias y por dos hijos aún, el pequeño Gabriel y la recién nacida Julia. Esta familia, al igual que en la de mi abuelo, tuvo que soportar una buena tasa de mortalidad infantil dadas las circunstancias sanitarias de principios de siglo, eran muchos los hijos de la familia que no pudieron pasar de los dos años de edad. Tal vez sea esta la razón, la penosidad de la condiciones de vida en la Tábara de principios de siglo XX, las que forzaron a emigrar a mi bisabuelo Domingo a Argentina durante un tiempo en busca de mejores condiciones para su mujer y sus dos hijos que se quedaron en Tábara. Cogió el barco en Vigo en 1910 y se marchó a “hacer las Américas”. Estuvo trabajando en Buenos Aires en la hostelería, en una cafetería que aún hoy día sigue siendo famosa allí, una cafetería de alto postín. Tas una temporada allí y tras conseguir unos pequeños ahorros, regresó a España, dada la añoranza mutua por su familia. Aquí llegó y siguió con su vida humilde pero segura, trabando de labriego y en el telar, hacía las mejores mantas de toda la zona.



Fotomontaje de la familia Antón Vara realizado en Buenos Aires en 1910.



Sobre estas líneas, el padre de mi abuela Elena, el bisabuelo Domingo en Buenos Aires en 1910.

En esta foto aparecen retratados los miembros de la familia Antón Vara en 1910. Se puede apreciar como en la parte inferior derecha de la fotografía, unas letras en el cartón que demuestran que la foto está sacada en Buenos Aires “Paranzini Hnos, Corrientes 4455. Buenos Aires”. Aunque en realidad la foto es un fotomontaje de la época, dado que obviamente, la madre y las dos criaturas no estaban en Argentina, sino en Tábara, son clichés distintos y superpuestos.

En 1921 nace mi abuela Elena, la pequeña de la familia. En 1926 muere la madre, mi bisabuela, de lo que antes llamaban un “cólico miserere”², y Domingo ha de sacar adelante la familia el sólo. En 1931 decide emigrar de nuevo, esta vez para El Havre, en Francia, con sus hijas Helena y Julia; su hijo Gabriel ya estaba casado. Cogen el tren en Medina del Campo en 1931 y llegan a El Havre a casa de la hermana de Domingo, María, que ya estaba viviendo allí. Allí Domingo y su hija mayor Julia trabajaron en una cordelería, ganando un jornal digno. Mientras tanto mi abuela que contaba con diez años

² Oclusión intestinal producida por retorcimiento de un asa intestinal, apendicitis o hernia estrangulada. En aquellos tiempos conducía irremisiblemente a la muerte. (N.E.)



Libros que compró Julia a su hermana en San Sebastián para que pudiese ir a la escuela y estudiar.

de edad, se dedicaba a ir a la escuela allí, en El Havre, aún hoy día, recuerda a la perfección la canción que cantaban en el colegio y los juegos mientras jugaban al balón, pese a haber transcurrido más de 70 años. Allí aprendió bastante bien el francés, pese a estar allí tan sólo seis meses. Un buen día, cuenta mi abuela, que estando en casa con la tía María, vieron llegar de lejos a su padre y a su hermana Julia antes de hora. Entonces la tía María salió despavorida hacia ellos mientras decía “ay mi hermanico, que ya lo han despedido, hay pobrín...”. Esa imagen tan dura, se le quedó grabada a mi abuela en su mente pese a lo pequeña que era entonces.

Tábara (Zamora): foco de emigración



Documentación de la tía Julia para emigrar a Francia en 1959.

Con todo esto, tuvieron que preparar el equipaje y regresar hacia Tábara, a seguir dedicándose a la labranza y al telar, que por lo menos proporcionaba recursos suficientes para comer.

EMIGRACIÓN DE JULIA ANTÓN VARA A SAN SEBASTIÁN Y A FRANCIA

Julia Antón era la hermana mayor de mi abuela Elena. Tras regresar de Francia, en 1933, le tocó emigrar de nuevo, esta vez a San Sebastián. Allí trabajaría de lo que se dedicó toda la vida, a servir en casas. En San Sebastián trabajó para una familia pudiente de allí. Allí pasó todo el tiempo trabajando hasta el final de la guerra. De allí sacaba muchos recursos, suficientes para proporcionarle a su hermana entre otras cosas libros para que no le faltase de nada en Tábara, y pudiese tener un futuro mejor estudiando.

Toda la guerra la pasó allí trabajando y resistiendo la difícil situación, aguantando entre otras cosas el acoso de los aviones bombarderos y el estrés de la guerra en esa zona. Contaba mi tía, que iba a coger leche para los señores a donde la repartían los comunistas, y decía que cuando iban a por leche durante la guerra para los señores de la casa, se encontraban con largas colas de gente para obtener leche. La leche escaseaba y la repartían los milicianos y comunistas, y estos se negaban a entregarles la leche a los sirvientes, le decían que fuesen los amos a buscarla. Pese a la situación de guerra, mantenía comunicación con Tábara y su familia mediante carta.

Terminada la guerra, Julia regresó a Tábara, y en su lugar, fue mi abuela a San Sebastián a trabajar a una pensión en 1940. Al año y medio regresó también a Tábara.

Fue a mediados de 1945 cuando Julia decide emigrar al extranjero, concretamente a Francia, a El Havre, lugar donde residían unos familiares, y lugar donde años antes había estado trabajando con Domingo su padre y su hermana Elena. Así que sería la segunda vez que emigrase al extranjero. Allí estuvo trabajando para un señor muy poderoso de entonces y era de color, “Monsieur Main”.

Procuraba venir todos los años a Tábara, y cada vez que llegaba, era una alegría para todos sus familiares y vecinos, pero especialmente para sus dos sobrinas pequeñas, las hijas de Elena, Isabel y Josefa. Cada año que venía éstas estaban impacientes un mes antes, pues cada vez que venía, además de traer todo tipo de cosas inusitadas para la España de la autarquía, como chocolate, mantequillas, dulces, todo de Francia, además traía la maleta llena de amor e ilusión para toda su familia. El día que llegaba a Tábara era una auténtico día de fiesta, en especial para sus pequeñas sobrinas.

Julia aportaba todo tipo de ayudas a la familia de su hermana y a su padre. Aún habiendo fallecido su padre no dejó de enviar dinero para ayudar en lo posible a una familia con necesidades, como casi todas las familias españolas de la posguerra, gracias a Julia, sus sobrinas eran unas de las pocas niñas privilegiadas que por aquel entonces podían merendar y comer productos tan escasos, inaccesibles para la mayoría y tan básicos hoy día, como el chocolate o la mantequilla.

Tras unos años en El Havre y debido a unas desavenencias con los señores de la casa, Julia decide ir a trabajar a casa de una importante farmacéutica en Barcelona. Allí trabajaría unos años hasta 1959, logrando a la vez que unos ahorros para ayudar a la familia en Tábara, una gran amistad con la familia para la que trabajaba, dado que hasta años más tarde fueron a visitarla a Tábara.

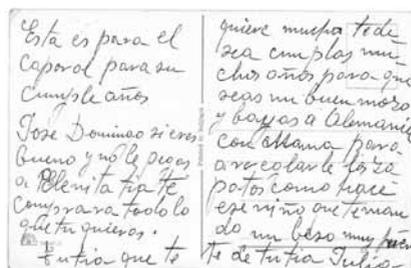
En 1959 decide regresar por tercera vez a Francia. Allí siguió trabajando de lo que había trabajado siempre, sirviendo en casas de gente pudiente. Nunca dejó de comunicarse con su familia en Tábara, ni mucho menos dejó de colaborar en los gastos de su familia.

Estos documentos son la solicitud del pasaporte serie E para emigrar a Francia. La segunda hoja corresponde a la certificación de la buena conducta de Julia conforme a “las normas del nuevo estado” y por ser persona religiosa y de moral probada. Esto es muestra de que el régimen estaba atento al movimiento migratorio, especialmente con lo que ha Francia respecta, por si se “colaba” algún exiliado político.

Estas son postales enviadas por Julia a sus sobrinos, curiosamente, mientras la madre de los pequeños y su hermana mayor estaba en Alemania trabajando, de ello habla en una de ellas.

Julia se jubiló a finales de la década de los 70, y fue cuando regresó de El Havre, y pasó toda su vida de jubilada en Tábara y en Zamora. Julia pasó toda su vida laboral activa de emigrante en otras tierras. Sólo regresó cuando dejó de trabajar.

Tábara (Zamora): foco de emigración



Postales enviadas por la tía Julia desde Francia.

EMIGRACIÓN DE ISABEL ALONSO ANTÓN A SAN SEBASTIÁN Y A ALEMANIA

Mi madre, Isabel, pertenece a la tercera generación de emigrantes. Al igual que sus antecesores, ella también tuvo que emigrar para buscar una vida mejor para ella y para su familia. Mi madre emigró en primer lugar a Valladolid, poco más tarde a San Sebastián, y posteriormente a Alemania.

Siendo muy joven, casi una niña, con catorce años, mi madre fue a trabajar a Valladolid, a cuidar a un niño. Había terminado los estudios básicos en la escuela, y la familia necesitaba ingresos para alimentar a toda la prole. A mi madre no le quedó más remedio que coger la maleta y aceptar ese trabajo que le había conseguido un tío que vivía cerca de Valladolid.

Allí trabajó unos seis meses, pagándole un salario de doscientas pesetas y por supuesto sin seguridad social, dado que era una menor. Reunía todos los requisitos era mujer y menor, y en la España de entonces eso suponía una situación civil poco favorable a tener derechos, el único reconocido era trabajar, no quedaba otra, era necesario.

Tras estar esos seis meses trabajando en Valladolid, la tía Julia le buscó un trabajo mejor remunerado en un restaurante de San Sebastián. Allí cobraba más, unas quinientas pesetas, y las condiciones laborales, a poco, eran mejores que en Valladolid. En San Sebastián, mi madre estuvo trabajando en un restaurante de ayudante de cocina, allí el salario era de quinientas pesetas que le pagaban en 1963, y a mayores le daban de comer en el restaurante. La pequeña Isabel, estaba prendada de aquella ciudad tan hermosa y moderna, de San Sebastián.

Estas son las postales que mi madre enviaba a casa, a Tábara, desde San Sebastián, debajo de cada una las correspondientes caras fotográficas de las postales.

En la primera dice: *“Mamá te mando una vista de la Avenida de España³, esto es el final, lo que da al paseo de los fueros y al Hotel María Cristina, sabes como están las calles, llenas de banderas para saludar al Caudillo que todavía está aquí. Escribid pronto. Besos: Maribel”*.

En la segunda dice: *“Mamá, para que te hagas una idea cómo era el Buen Pastor⁴, es idéntica que ésta, hoy es preciosa y ahora con la cantidad de coches que pasan por ahí más, y por la noche cuando está iluminada que salen unos resplandores por la torreta de arriba es maravilloso si pudiéramos algún día venir a vivir para aquí... Bueno besos para todos de: Maribel”*.

³ Hoy Avenida de la Libertad. (N.E.)

⁴ Se refiere a la Catedral de San Sebastián, objeto de una de las postales. [N.E.]



Postales que enviaba mi madre desde San Sebastián.

Estas postales resumen claramente la sensación de la joven Maribel, recién salida de Tábara con tan sólo catorce años, estaba obnubilada con la grandiosidad de una ciudad tan hermosa.

Tras un año y pico en San Sebastián, decide regresar a Tábara, pero no para quedarse, sino, para empezar a tramitar los papeles y las gestiones oportunas para emigrar a Alemania junto a su madre. Era necesario pedir permiso a la autoridad competente, que expidiesen los pasaportes...

Un buen día de junio de 1964 tuvieron que partir mi madre y mi abuela Elena. Mi madre tenía diecisiete años. En Tábara, en la plaza, unas cuantas familias despedían a las ocho personas que se iban a ir al extranjero a trabajar para que cuando regresasen, esas familias pudiesen vivir mejor. Mi madre y mi abuela se despedían de los suyos, cuando se dieron cuenta que faltaba alguien, el hijo pequeño. El coche tenía que partir con los ocho tabareses, cuando alguien encontró al pequeño de tan solo seis años en la iglesia, pidiendo a Dios entre sollozos que nada malo les pasase a su madre y a su hermanita. Encontrado el pequeño, la despedida fue difícil, todos los allí presentes sabían que no se iban a ver en una temporada muy larga, o en muchos años tal vez. El coche partió rumbo a Zamora.

Allí, la Delegación Diocesana de Migración había organizado un tren que lleno de gente de los pueblos de la provincia de Zamora, partiría rumbo a países de Europa occidental. En esos países, la Segunda Guerra mundial había producido una brecha demográfica, faltaba gente que hubiese nacido en la década de los cuarenta, como mi madre, que nació en 1947. Había que suplir ese hueco con mano de obra extranjera, y en ese caso la mano de obra del sur de Europa, por lo visto, resultaba muy rentable y eficiente. El tren salió lleno de mano de obra zamorana, aquel día de junio de 1964. Fue directo hacia París, allí los pasajeros se repartieron en trenes conforme al destino laboral asignado. Unos se quedaban en París, otros tenían que partir rumbo a Bruselas. Mi madre y mi abuela tuvieron que seguir rumbo a Colonia, en Alemania. Allí se acababa el trayecto, y ellas dos junto a Mari, una compañera de Cibanal de Sayago, tuvieron que ingeniárselas y cogieron como pudieron un tren rumbo a Hanover. Por confusión se metieron en un tren con dirección a Italia, pero gracias a que aún no había partido, pudieron rectificar y subirse, esta vez sí, en un tren rumbo a Hanover. Allí les esperaba a las tres un intérprete, que las llevó a Goslar, a la residencia en la que iban a vivir, y las llevó a la fábrica en la que tenían que trabajar. El primer destino de mi madre y de mi abuela fue Goslar. Allí trabajaron en una fábrica de ropa, junto a muchos más españoles, tres mil españoles en total había en la fábrica. Las condiciones laborales, eran a juicio de ellas óptimas. Trabajaban ocho horas en jornada partida, por un salario mensual de veinticinco mil pesetas. Tenían incluso media hora de descanso a media mañana para tomar algo de comer para resistir la jornada. Los capataces, según cuenta mi madre, les trataban fenomenal a todos los trabajadores. Cuentan de un ingeniero de la fábrica encargado de su sección, que cada vez que las veía por las calles de Goslar, se paraba a saludarlas con un elegante gesto levantándose el sombrero.

Allí vivían en residencias concertadas por la delegación de migración española. Estaba regentada por un matrimonio. Estaba ubicada en lo alto de un monte, y durante la guerra fue el hospital de la Cruz Roja de Alemania, por eso no fue bombardeada la ciudad de Goslar. A un lado de ese monte una valla cortaba el territorio, era el “telón de acero” que separaba las dos Alemanias, ya que Goslar estaba situada en el borde oriental de la República Federal de Alemania (RFA). Un día cuenta mi madre, que lograron cruzar la primera alambrera y caminaron para ver de cerca la verdadera división del planeta. Cuando llegaron a la residencia y lo contaron, los dueños de la residencia les reprendieron, advirtiéndoles del peligro de poder haber sido tiroteadas por guardias, o electrocutadas por vallas eléctricas, o de haber creado incluso un conflicto diplomático. En la residencia convivían en habitaciones de cuatro personas con literas, calefacción... con todas las comodidades, y la comida era bastante buena. Un autobús iba a buscar diariamente a los trabajadores a la

residencia para llevarlos al centro de trabajo, ya que había una gran distancia entre la residencia y la fábrica, unos siete kilómetros. El día que perdían el autobús, era un gran fastidio, ya que tenían que recorrer la distancia a pie, lo cual era una faena sobre todo en invierno, ya que estaba nevada la carretera y se tenían que desplazar en una especie de trineos para bajar hasta Goslar. Cuenta mi madre que un día, regresaban Mari y ella de la ciudad y habían perdido el último autobús y les tocó ir andando a la residencia, cada vez se hacía más de noche y por lo visto andaba suelto por aquellos montes un peligroso asesino que la policía andaba buscando, las jóvenes, presas del pánico, y ante la presencia inexorable de la noche, corrieron a toda prisa hasta la residencia. Otra historia que cuenta mi madre es la de la tendera de una pastelería debajo de la montaña, a la que siempre que iban a comprar el pan para el bocadillo del trabajo. Esta mujer siempre le contaba apenada a mi madre, la historia de su familia, toda su familia había quedado presa en la República Democrática de Alemania, y no se habían visto desde hace más de veinte años y ella vivía sola en la RFA, cuenta mi madre que ella estaba muy triste y que en ocasiones lloraba de pena al no tener a los suyos cerca.

Mi madre, pese a haber estado en otras ciudades de Alemania, cuenta maravillas de Goslar. Esta ciudad del tamaño aproximado de la ciudad de León, había sido sede de la Cruz Roja durante la guerra y por ello no fue bombardeada por las tropas aliadas, consecuencia de ello era su perfecto estado de conservación, y de la fisonomía original de sus calles.

Mi madre y mi abuela trabajaron en Goslar para la empresa textil Karsstadt. Mi madre era la responsable de una máquina encargada de coser bolsillos para abrigos y ropas. Mi abuela se ocupaba de coser forros para abrigos con una máquina encargada de tal menester.

Mi abuela empezó a tramitar desde Goslar y mi abuelo desde Tábara el ingreso de sus hijos pequeños que estaban en Tábara con su padre, mi abuelo, en un colegio mediante beca que concedía, a todos los hijos de los que estaban en el extranjero trabajando, como es el caso de mi abuela, la Comisión Católica Española de Migración. Tras muchos trámites y pareciendo que al final todo iba a salir bien, no le concedieron el colegio ni beca alguna, pues mi abuela a los tres meses de llegar a Alemania, en septiembre, tuvo que regresar a Tábara, pues acababa de fallecer su cuñada que era quien velaba en parte por sus hijos. Así que con lo poco que había ahorrado, tuvo que preparar la maleta y regresar de nuevo a Tábara, dejando sola a mi madre allí.

Mi abuela regresa, pero mi madre continúa trabajando en Goslar para la fábrica de la Karstadt. Mi madre, Isabel, cumple el año de contrato, y se lo renuevan. Sigue trabajando allí, hasta que por mediación de Florentina, la hermana de Mari, la amiga de Cibanal, consiguen ambas, Mari y mi madre, un trabajo en otra ciudad, Düsseldorf, en una empresa textil, pero ésta no fabrica

ropa, sino hilo. Allí ganaban más dinero y en mejores condiciones aún, así que deciden trasladarse allí a esa ciudad que le ofrecía más posibilidades al ser más grande y poblada. Allí trabajan para la empresa Kangarst. Al principio están tres semanas de aprendices para conocer el manejo de las máquinas con las que tienen que trabajar. Al asignarles las máquinas y el trabajo a desempeñar, Mari, la amiga de mi madre, se niega a aceptar el puesto que le asignaron pues se trataba de manejar unas grandes planchas que producían un vapor bastante dañino para los pulmones, así que se niega, exige al encargado que le asignen una máquina que manejaban los hombres. Esa máquina consistía en que cada cierto tiempo había que quitar velozmente unas bobinas de hilo de unos rieles. El encargado le explicó que esa máquina sólo la podían manejar hombres, que no era para mujeres. Ella al oír eso se empeñó aún más, tanto que al final el encargado consciente de que no podría ni sabía manejarla le retó a que si hacía el trabajo de quitar esas bobinas en menos tiempo que el hombre, le asignarían ese trabajo, Mari aceptó. La voz se corrió por la fábrica, y como si de un combate de boxeo se tratase, una masa de trabajadores de la fábrica se agolpaba alrededor de la máquina para ver la “competición”. La gente pensaba que no había ni una remota posibilidad de que Mari venciese, pero lo cierto es que sin conocer tanto como el varón de la máquina ganó, quitando más rápido que nadie las bobinas, por lo que al encargado no le quedó más remedio que retractarse y concederle el manejo de otra máquina igual. Sólo así se libró de trabajar con la plancha.

Mi madre se encargaba de una máquina, la cual hacía de un montón de lana un hilo tosco y aún poco trabajado, función parecida a la que tradicionalmente hacen las hilanderas con el huso y la rueca. Isabel, mi madre, controlaba esa máquina y si en algún momento el hilo se rompía, con un ligero y ágil chasquido de dedos tenía que reparar el hilo, según bajaba. Inmediatamente el hilo quedaba pegado.

Un día, mi madre debido a una broma inocente pero fuerte de un compañero de fábrica y gran amigo de ella, se desmayó y a punto estuvo de perder la vida atrapada por la máquina, de no ser por que otro trabajador paró la máquina. Los gerentes se enteraron de lo sucedido y llevaron al joven al despacho para firmarle el finiquito y despedirlo. Mi madre, gran amiga de él y de su mujer, acudió una vez recuperada del vahído a la oficina, rogándoles a los jefes que no lo despidiesen, pues mi madre comprendió la ausencia de mala fe en el comportamiento de su amigo. Los jefes, comprendieron y al final no lo despidieron. A punto estuvo de costarle el empleo al joven.

Mi madre no dejó en ningún momento de mantener contacto con su familia. Continuamente se escribía cartas pero no sólo con sus padres y hermanos que estaban en Tábara, también con Julia, su tía que vivía y trabajaba en

Francia, en El Havre, y también con su familia de Argentina, en especial con su prima Mercedes.

Esta es una de las cartas que mi madre enviaba a Tábara desde Düsseldorf:

“Düsseldorf-17-9-67

Queridos papás y hermanitos: me alegro que al llegar ésta a vuestras manos estéis todos bien. Yo bien gracias a Dios.

Ayer viernes recibí vuestra carta, no os escribí antes por esperar a ver si escribían a Mari, a ver que decía Florentina, según pone la carta hoy sábado estuvo en esa ya me diréis cuantos días estuvo con vosotros. Mamá, creo mi vestido ya se lo darías terminado, estamos deseando que llegue el sábado para que venga y nos cuente cosas de España y nos traiga cosas. Mamá, no se si ella te diría, le encargué una sortija, le di 500 pesetas, de esas que me gustaban tanto como la de Santi. Bueno que el sábado estaremos todas contentas con nuestras cosas. Ahora os contaré algo de mí.

Me decís que no me acordé del cumpleaños de Pepi, pues la verdad sabía que era en Septiembre pero no sabía que día. Ahora ese día si me acordé pues tía Julia me escribió y me decía que el día 11 era el cumpleaños de Pepi pero ya no tenía tiempo. Mamá a ver si haces una cosa que yo te diga. Este mes creo me pagaran bien pues trabajamos todos los días dos horas más, o sea, extras y los sábados. Quiero que le compres a Pepi una sortija en mi nombre, la mía costó 450 así se la coges. Ya sabes como es, con una piedra cuadrada estilo solitario en pequeño, pobre mi niña no acordarme de su cumpleaños. Bueno ya sabes, el día que vayáis a por la cocina a Zamora se la compras, se la regalo yo por su cumpleaños. Las fotos me gustaron mucho se las enseñé a mi maestro, dice: ¡qué hermana más guapa tienes! Que ganas tengo de veros a todos y Jose que tal con su bici, decidle a ver si me deja la bici algún día cuando vaya, para ir a la Folguera, si no quiere que me lo diga.

Bueno, creo no tengo nada más que contaros, yo ahora trabajo mucho. Esta semana andamos las dos cansadas, después el otro día vino la Froilan Pitas, la encargada, y nos dice que teníamos que cambiarnos de habitación, porque la otra era muy fría y la calefacción no anda bien, fíjate, después de salir allá a la cuatro de trabajar, hasta la once cambiándonos de habitación, los sábados trabajamos hasta la una y entramos a las seis de la mañana. Bueno, nada más, voy a escribir a tía Julia hoy que tengo tiempo. Escribid pronto. Esta semana tardaste más. Mamá dime cuando viene Agustín. Recibid un fuerte abrazo de esta que está deseando veros y no os olvida un momento:

Maribel Alonso”

Mi madre estaba cómoda con su situación en Düsseldorf. La trataban fenomenal, pero el problema es que tenía a la familia lejos. En Alemania tenían el Centro Español. Eran un conjunto de locales en un edificio de titularidad del gobierno español, donde los trabajadores y trabajadoras iban allí a sentirse un poco más cerca de su casa. Con frecuencia organizaban bailes, festejos



Sobre estas líneas, a la izquierda mi madre Isabel en una plaza de la ciudad de Goslar.



Fotografía de mi madre y mi abuela camino de Goslar desde la residencia, al fondo montaña en la que estaba ubicada la residencia, esta foto nos da una aproximación del camino que tenían que recorrer para ir a la fábrica. Año 1967.

con sabor español... pero también daban clases, de guitarra, de idiomas... mi madre sabía hablar perfectamente el alemán pues a parte de que estuvo trabajando allí muchos años, aprendía alemán en el Centro Español. También el Centro Español organizaba excursiones por toda Alemania y parte de Europa para que los trabajadores conociesen mundo. Mi madre quedó prendada de las calles de Bruselas, pues en uno de esos viajes, fue a Bélgica. En otra ocasión quedó horrorizada de la visita a un campo de concentración del nazismo. En una ocasión, el mes de vacaciones decidieron todas las amigas ir de vacaciones, y como por aquel entonces estaba de moda, en Alemania, ir de veraneo a Baleares, no lo dudaron y cogieron las maletas rumbo a Palma de Mallorca, allí disfrutaron de unas vacaciones como si fuesen auténticas “guiris”⁵ en su propio país. Cuenta mi madre que delante de su entrada en el aeropuerto de Palma, entró el turista un millón al que le concedían un premio y salía en la prensa. Por poco les toca a mi madre y a sus amigas.

La fábrica para la que trabajaba mi madre en Düsseldorf tuvo que trasladarse a la cercana ciudad de Munchenglap⁶, pues el lugar donde estaba ubicada,

⁵ En España, popularmente, turista extranjero. (N.E.)

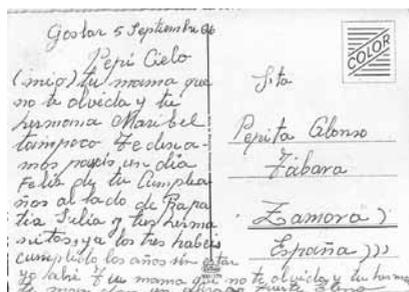
⁶ El autor se refiere a la actual Mönchengladbach. (N.E.)



Mi abuela con una compañera a la puerta de la residencia de Herberghaus.

la fábrica, en Düsseldorf, era expropiado para la construcción de una moderna autovía para la ciudad, así que a la empresa no le quedó más remedio que trasladar la fábrica a Munchenglap. Allí estuvo mi madre trabajando el resto de tiempo en Alemania hasta su regreso a Tábara. Allí estuvieron en una residencia viviendo, hasta que, con una amiga que procedía de Gerona, decidieron irse a vivir a un piso de alquiler. A los veintidós años mi madre decide regresar a España, pues si regresaban antes de que cumpliesen los cinco años cotizados en el extranjero les devolvían todo, que entonces eran unas quinientas mil pesetas. Así

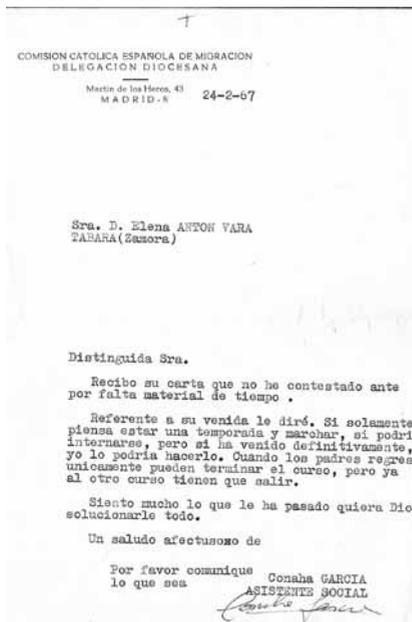
te devolvían el dinero pero es como si no hubieras cotizado, pues esos años trabajados no cuentan para obtener pensiones de jubilación ni prestaciones sociales. Mi madre decide volver, emprende un largo viaje dejando en Alemania no sólo recuerdos y media vida, sino un sinnúmero de amigas y amigos y compañeras y compañeros de trabajo. Allí había comprado muchas cosas, sobre todo tecnológicas: un magnetófono, una lavadora, una nevera, un tocadiscos y una colección inmensa de vinilos, una televisión, una máquina de escribir, además las maletas, las ropas... evidentemente ese bagaje no podía llevarlo en tren, así que no le quedó otra, que cubrir el trayecto Munchenglap-Tábara en una vieja furgoneta Wolkswaguen, compartida con una familia que también iba rumbo a España, pero a Asturias, por donde pasaron antes de llegar a Tábara. Aquí todas esas maravillas tecnológicas que traía, eran muy difíciles de encontrar y más en un pequeño pueblo de la España profunda como Tábara. Tras dos días de un inagotable viaje, tras haber recorrido media Europa y gran parte de España, la furgoneta hace entrada en la plaza de la Villa, allí estaban esperando a la puerta la llegada de la joven Isabel, en seguida la familia se funde



Postal enviada por mi madre y mi abuela a Josefa, su hija felicitándola por el día de su cumpleaños.

en un efusivo abrazo con la joven, tras cuatro años y medio sin verla, desde luego, aquella tarde de 1969 fue muy emocionante para la familia, había tanto que contar, tanto que decir... Allí todos estaban maravillados por todo lo que había traído. Televisión había casi únicamente en el bar del pueblo, y no digamos nevera y lavadora.

Cuenta mi madre, que un día que vino el tío de Valladolid de visita a Tábara, cogió mi madre el magnetófono, y con un grupo de gente del pueblo, alrededor de una camilla se pusieron a grabar sus propias voces y a reproducirlas. Las personas allí presentes quedaron maravilladas, como si de un truco de magia se tratase, aquello no lo podían concebir, causó gran curiosidad en parte del pueblo. Con el regreso de mi madre a la familia, regresó parte de la modernidad a esa España vetusta y decrepita. Vinieron desde nuevas ropas y modas, hasta distintos modos de entender la vida. Mi madre, puede que no sea correcto decirlo, pero pese a no haber cursado estudios superiores, esta experiencia vital le sirvió de mucho más, aprendió un idioma a la perfección, aprendió a desenvolverse en la vida... y gracias a eso, ha sabido ser una mujer luchadora en la vida y ha sabido plantarle cara a los problemas que en nuestra sociedad, más retrógrada por aquel entonces que la de cualquier otro país de Europa, y mucho más en esta provincia, ponía a las mujeres, y aún hoy día sigue poniendo.



Sobre estas líneas, telegramas (sic) enviados por la delegación de inmigración con el fin de tratar con mi abuela el ingreso de sus hijos menores en el colegio acordado.



CONCLUSIONES: UNA FAMILIA ZAMORANA EN EL EXILIO ECONÓMICO

Tengo conocimiento, que desde mis bisabuelos, todos mis antecesores han tenido que emigrar, se han visto obligados a buscar mejores condiciones de vida en otros lugares, que no les ofrecía esta provincia. Han sido emigrantes en otras tierras, han pertenecido a la diáspora laboral, pero pese a ello siempre han vuelto a sus raíces. Fueron tratados como ciudadanos de hecho de esos países, con todos sus derechos, pero hoy día nos debemos de preguntar: ¿cómo tratamos a aquellos que vienen aquí por lo mismos motivos, por un futuro mejor para ellos y para los suyos? ¿Los tratamos con el mismo respeto con el que nos trataron? ¿Los tratamos de manera desigual porque la mayoría de esos inmigrantes no pertenecen a la cultura occidental?

A mi juicio, nuestros antecesores fueron tratados con respeto y dignidad, por lo general, allí donde fueron, ¿por qué no hacer nosotros lo mismo? España también fue un país pobre y su población tuvo que emigrar, si con nosotros se solidarizaron otras naciones ¿Por qué no hacemos lo mismo ahora y le devolvemos ese favor a la historia? Son despreciables los actos de xenofobia y racismo pensando que las patrias y las divisiones administrativas nos dan derecho a eso, pero nada más lejos de ahí, si la Tierra es patrimonio de la humanidad, tal vez las personas tengan el derecho a disponer de la Tierra. Las aves y los animales en general emigran de un lugar a otro libremente, pues nosotros, las personas, ¿no somos también animales para poder emigrar libremente?

Por otro lado, considero a modo de análisis coloquial, que nuestra provincia tiene un problema demográfico crónico que comparte especialmente con las provincias del oeste, León y Salamanca. Si mis antepasados tuvieron que emigrar porque aquí no había futuro, no había industria donde trabajar, no había infraestructuras rurales y agrónomas suficientes... si eso sigue sucediendo hoy día, posiblemente a mí, joven y estudiante, correré la



En esta fotografía aparece mi madre con dos compañeros de la fábrica Kangarst de Düsseldorf. A ambos lados la máquina con la que trabajaba mi madre. Mi madre es la mujer de la derecha. Los otros dos compañeros son unos buenos amigos de Béjar.

misma “fortuna” que mis parientes, me tocará emigrar a otras zonas de España en cuanto termine mi formación intelectual, pues aquí creo que sigue sin haber medios para proporcionar vidas con futuro y oportunidades. Confiamos que tras siglo y medio de sangría demográfica, los encargados de ello, se den cuenta de que aquí hay un problema y lo solucionen.



Mi madre en una fiesta del Centro Español.



Mi madre delante de los almacenes Karstadt



Mi madre con unas amigas en Bruselas.



Mi madre con sus amigas a la puerta de la fábrica.